Consecuencia,

Echevarria

ERÍA DE ANTONINO ROMER

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

HISTORIA

ICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
tados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

, que acaba de ponerse á la venta, amplio y fiel extracto los principales amina con imparcialidad la historia ñala sus defectos y expone con minu- lles lo referente á las relaciones exte- spaña, siendo, por tanto, de gran inte- nocer de un modo exacto el aspecto de la cuestión cubana.

en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

E LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

ESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

dición, corregida y aprobada por la lias del Tribunal Supremo de Justicia, bación de la Regencia provisional del

omos en folio, 50 pesetas.

ÓFILOS ESPAÑOLES

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALA

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguid varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartoné.—Precio, 1 pe

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIM

ordenado en presencia de los mejores public hasta el día, y adicionado con un conside número de voces que no se encuentran en guno de ellos á pesar de hallarse consignad el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 peset

EL PRACTICÓ

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte el mejor aprovechamiento de las sobras, l glas para el servicio de una mesa y el mo

LAS CONSECUENCIAS!...

COMEDIA EN UN ACTO, EN PROSA,

IMITADA DEL FRANCÉS

POR

DON ANTONIO M. ECHEVARRIA.

Antonio Galé

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

MATILDE.
ENRIQUE.
DOMINGO, criado.

La escena pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Gabinete bien amueblado.—En primer término, un sofá, puerta al fondo y dos laterales.—Un velador con recado de escribir, timbre, periódicos y canastillo de labor.—Sobre un mueble, una caja de cigarros.

ESCENA PRIMERA.

DOMINGO.

Al alzarse el telon no hay nadie en escena: se abre la puerta del fondo y entra Domingo con un periódico en la mano.—Entre-abre la puerta de la izquierda, mira y la vuelve á cerrar encogiéndose de hombros.—Va al cajon de los cigarros; toma uno, lo enciende y mira el reloj.

Las ochu de la mañana y el amu nu pareció... Á las mismas ochu fuese anuche diciendu á la señora:—hija, vóime al soiré á tomar café y á fumar un cigarritu, y díjule la señora.—«Anda, hiju miu...» aquí todus son hijos de todus... ¡Diablus de galimatias!—Fuese pa su cuarto y paréceme que el cigarritu seria una tajarnina de á tres cuartus, desas que no hay cristianu que pueda incarles el diente. Doce horas hace, así Dios me salve, que dura la fumadura.—(Se sienta á la izquierda) ¡Qué

casa! ¡Oh! Vírgen! ¡Cuántu trabaju hay. No se descansa un ratu, y luegu, qué amu tan calaverin! ¡pero estus amus son una ganga pa lus criadus que saben desplotarlus.—El mio ten que cuntar cunmigu pa que le tape sus picardijuelas, y siempre cae buena prupina, é nunca puede alzarme el gallu pur miedu de que cante.—No le gusta mi voz y esu que es mejor que la de la señurina Patti. (Se tiende en la butaca y lee el periódico.—Aparece Enrique por el fondo, con gaban abrochado, bufanda, baston y fumando.)

ESCENA II.

ENRIQUE, DOMINGO.

ENR. Nadie me ha visto... No ha sido mala suerte... felizmente ya estoy decidido á cambiar de vida. Esta ha sido mi última escapatoria. (Deja en el sofá el gaban, sombrero y baston, y coloca en el velador una petaca que se le ha caigo.)

DOM. Hola! ¿Es usted? (Volviendo la cabeza, pero sin levantarse ni dejar el periódico.)

ENR. Chut!... calla!—¿Qué haces ahí?

DOM. Pues qué, nu lu ve?—(Sigue sentado.)

ENR. Estás leyendo mi periódico.

DOM. Así parece.

ENR. Pues quedarás enterado del artículo de fondo.—Está leyendo. «El socialista.»—¡Qué entiendes tú de eso?

DOM. Pues pur eso lu leu... Paréceme mi amu que estas cusazas se escriben para que las lean lus que nu las entienden.

ENR. Entiéndaslo ó no podias irte á leer á la cocina.

DOM. Á la cucina, pur qué? si estoy bien aquí. (Levantándose.)

ENR. (Zote!)—Ha preguntado por mí la señora?

DOM. No chistó su picu.

ENR. Está aun durmiendo?

DOM. Creu que sí... como un pilon.

ENR. Liron querrás decir.

DOM. Pilon ú Liron lu mismu da... todu servirá para beber

agua... El casu es que la señora duerme... ¡Inucente!

ENR. Oye, gaznápiro ¿por qué me llamas inocente?

DOM. Hablo de la señora, purque tengo lástima de las pobres mujeres.—Lus hombres son todus unos traicioneros.

ENR. (Enojado.) Domingo!

DOM. Qué se le ufrece? (Alzando más la voz.)

ENR. Nada.—(Que tenga que aguantar á este pillastre. ¡Estas son las consecuencias del pecado!)

DOM. Qué dice el amu?

ENR. Nada, hijo... ¡nada! oh! (Fumando con precipitacion y cólera.)

DOM. Parece que nu arde, y esu que es una tajarnina naciunal.—Será el mesmu de anoche.

ENR. No te entiendo..

DOM. Ah! pues creu que nu hablo en latin... purque es lu único que me faltaba deprender.—Digo que si es ese el cijarritu que fué á fumar anoche al Soizo?

ENR. Ah!... ya.—Á las diez iba á venirme á casa cuando encontré á unos amigos y se empeñaron en que fuésemos á cenar... No hubo remedio... Eran muy buenos chicos, muy juiciosos; dos ingenieros y dos empleados públicos.

DOM. Solus?—nu hubo alguna ingeniera ó alguna empleada pública?

ENR. Hombres solos.

DOM. Nu lu creu.

ENR. Cómo!!

DOM. Digu que nu lu creu.

ENR. Oh! esto es ya demasiado!... (Alzando la mano.)

DOM. (Con calma.) Tenga cuidadu, que puede despertar la señora y preguntar por qué reñimus.

ENR. (Conteniéndose.) Es verdad.—Tengo que sufrirte.

DOM. Y nu pur mi linda cara. (Tomando la petaca que Enrique dejó sobre el velador.) Calle! Ten petaca burdada tambien? —Diósela la señora?

ENR. Quieres callar, imbécil!

DOM. Ah! vamos, parece que nu fué la señora.—¡Y qué bue-

nos cigarros hay dentru!—Con su permiso voy á tomar uno, ó dos ó tres —

ENR. Los que quieras. (¡Esto es inaudito!)—Qué hizo la señora anoche despues que me marché?

DOM. Sentóse allí muy cavilosa.—Púsose luego á escribir en un libru pequeño, guardólu en el bulsillo.—Luego fuese pa su cuarto, cerrú la puerta, y yu nu ví más. (Con gravedad.) Supongu que se meteria en la cama.

ENR. De modo que no sabe nada.—Bravísimo!—Lleva todo esto á mi cuarto. (Le da el gaban, sombrero y bufanda.)

DOM. Lu ques ahora nu puedu—tengu que hacer pur allá dentru.

ENR. Bien, hijo, no te des mal rato por nada.

DOM. Lu que es esu curre de mi cuenta. La cucinera me trata á lu príncipe. (Dándose golpecitos en el estómago.)

ENR. Y cómo se atreve ella!...

DOM. Es que se lu mandu yu. Otra!

ENR. Entónces no hay más que hablar.

DOM. Tiene algu que mandarme.

ENR. Al revés, hijo, si se te ocurre á tí algo, llama.

DOM. Gracias, mi amu... (Con aplomo.) Nu le molestaré, purque si algu necesitu, llamaré á la cucinera. (Sale muy despacio por el foro.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

Esto es atroz... inícuo... escandaloso... (Abre la puerta de la izquierda y arroja por ella el sombrero, gaban, baston, etc.) El verdadero criado de la casa soy yo. Yo, que he cometido la sandez de hacerle cómplice de mi vida disipada.—Afortunadamente, esto ha concluido.—Anoche tuvo lugar mi última escapatoria.—Ah! Matilde.—Serenidad!

1a pta izq

ESCENA IV.

ENRIQUE y MATILDE.

MAT. Buenos dias, Enrique. (Dándole la mano.)

ENR. (Nada sospecha.) Muy buenos, querida.

MAT. Qué tal has pasado la noche?

ENR. Perfectamente!—Entré en tu cuarto á eso de las once, estabas profundamente dormida y..

MAT. Y no quisiste despertarme? ¿cuánto lo siento! Hola! vestido ya de punto en blanco!

ENR. Yo... (Cómo no se me ha ocurrido...) En efecto... (Va á sospechar. .) Tengo tantos negocios...

MAT. Ya lo sé.—Negocios?...

ENR. De banca... (Por lo ménos mi contestacion es de pie de banco.)

MAT. Y adónde vas ahora?

ENR. Á casa .. de mi abogado. Tengo que consultarle sobre... un orzuelo que se me está formando en el lagrimal.

MAT. Y tu abogado cura orzuelos?

ENR. (Jesus, qué atrocidad!)—Te diré, vive en su casa un médico, primo de Rosario... (Ay! siempre se me escapa ese nombre.)

MAT. Ah! vamos, y rezais el rosario.

ENR. Parece que te levantas de buen humor.—Más vale así. (Con risa forzada.)

MAT. Por qué he de estar yo triste?—Vé á casa de tu abogado, pero procura volver prontito, sí?

ENR. Para qué?

MAT. Tengo que leerte... algo que te interesará mucho.

ENR. Alguna novelita sentimental? (Buena será ella.)

MAT. (Sacando un libro de memorias.) No; un proceso.

ENR. Un proceso!

MAT. Que estoy formando.

ENR. Contra quién?...

MAT. Contra... pero no quiero detenerte.—Ocúpate de tu orzuelo, que es lo que más prisa corre.

ENR. No, no; antes quiero saber qué proceso es ese.
MAT. Si tanto pica tu curiosidad, escucha.
ENR. (Qué significa esto?)
MAT. (Leyendo.) «Se llama Rosario...»
ENR. (Cielos!)
MAT. «La conoció en la Castellana...»
ENR. (Así fué.)
MAT. «Es viuda...»
ENR. (Quisiera estar en Despeñaperros.)
MAT. «El dia nueve de Julio paseó con ella por las silenciosas alamedas del canal...»
ENR. Falso, falso.—Pero aunque fuese cierto, no hay ningun artículo en el código que prohiba pesear con las viudas.
MAT. Como que es una obra de caridad. (Leyendo.) «Desde esta fecha va á informarse todos los dias de la salud de la viuda.» (Hablando.) Otra obra de caridad digna de elogio.
ENR. Calumnia.—Mi filantropia no llega á tal punto.
MAT. Constan las declaraciones de la portera y de la doncella.
ENR. En aquella casa no hay ninguna doncella.
MAT. «Se les ha visto entrar juntos en el Teatro Real...»
ENR. Juntos!... es decir, al mismo tiempo; cosa que no puede estorbarse, porque...
MAT. «Se les vió tres horas despues cenando en la calle del Príncipe...» esquina á la de la Visitacion.
ENR. Qué infamia! (Es la fonda más alegre de Madrid.)
MAT. «Pescadillas de Cádiz...»
ENR. Mentira todo. (Cenamos langostinos.)
MAT. Te presentaré el mozo que te sirvió.
ENR. (Es un chato. Ya le daré la propina.)
MAT. «Con respecto á la moralidad del reo...»
ENR. Dobla la hoja.—Dobla la hoja.
MAT. «Son rarísimas las noches que se recoge antes de las cuatro... y muchas falta por completo...»
ENR. Eso sí que no lo paso. (Echémoslo á barato.) (Se levanta.)

MAT. «Esta noche misma...»

ENR. Esta noche no he salido de casa un solo momento.

MAT. Cómo te atreverias á probarlo?

ENR. Con el testimonio de Domingo.—Un gallego de pura sangre no miente jamás. (Llamando.) Domingo, Domingo.

ESCENA V.

F.º y

DICHOS y DOMINGO.

DOM. (Con gravedad.) Qué sufrece?

ENR. (Con viveza y ap.) (Toma un duro y miente como un saca muelas.)

MAT. (Ap. con viveza.) (Toma dos duros y dime la verdad.)

DOM. (Guardándose el dinero.) (Unu y dos... tres.)

MAT. Á qué hora ha venido el señorito?

ENR. (Volviéndose de espaldas.) Ya ves que yo no le miro.

DOM. (Dus duros pur decir la verdad, y dan unu pur mentir... Al diablu lu questu tie que pensar.) Cunque la señorita quiere saber á qué hura entró el señuritu?

ENR. Sí, hombre,—una apuesta;—despacha.

DOM. Pus entró muy trempanitu.

ENR. Lo ves! (Á Matilde.)

MAT. Á qué hora?

DOM. (Reflexionando.) Aun no serian las uchu y media de... la mañana.

MAT. Lo oye usted?

ENR. Cómo, bribon!

DOM. Dumingu me llamu. (Con dignidad.)

ENR. Puedes afirmar?...

DOM. Puédulo afirmar... y nu mienta, señor, que á los criadus nu se les debe dar mal ejemplu.

ENR. (Ap.) (Tú me las pagarás.)

DOM. Á mí nu me venga usted con secritiñus... dióme un duro purque mintiera, la señora dos purque dijera la verdad, y no hay quien quiera cargar su cunciencia perdiendo dineru. (Se marcha gravemente.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, MATILDE.

ENR. (No he visto bribon igual.)

MAT. Quiere usted que siga leyendo?

ENR. Es inútil; estoy enterado de todo. Calumnias... suposiciones gratuitas... esfuerzos de la maledíscencia para turbar la paz de los matrimonios honrados y pacíficos. (Paseándose.)

MAT. ¡Y se atreve usted á decir que en nuestra casa hay paz!

ENR. Entendámonos; una nube de verano no significa nada.

MAT. Enrique, por Dios! que ha de ser nube de verano ir á comer pescadillas de Cádiz á los Andaluces de la calle del Príncipe!

ENR. Repito que no fueron pescadillas. (Irreflexivamente con viveza.)

MAT. Langostinos entónces. (Con viveza.)

ENR. (Distraido.) Precisamente. (Id.)

MAT. Por fin lo confiesas. (Dejándose caer sobre una silla.)

ENR. Cómo!... yo?... (Imbécil de mí!—Siempre dije que aquellos mariscos me darian una indigestion.)

MAT. (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy!

ENR. (Despues de la nube... el chaparron.) (Acercándose y tomando una de las manos de Matilde.) Vamos, Matilde; no llores de ese modo, que me partes el corazon...

MAT. Si usted no tiene corazon, caballero.

ENR. Pues qué tengo?

MAT. Una alcarraza de Andujar.

ENR. Lo que quieras, pero es uno jóven aun... tiene dias de esplin...

MAT. Y cuando los hombres tienen esplin, faltan á sus mujeres?...

ENR. Sí...

MAT. Caballero!

ENR. Quiero decir que el esplin... y los negocios... y el estado moral de los pueblos, y la cosmogonia celeste... (No sé lo que me digo.) Convinado todo esto con la filosofia alemana... (Yo sudo.) Por otra parte, conozco que las máximas del beato Crispin...

MAT. Pero que tiene que ver el beato Crispin con todo esto?

ENR. Te explicaré. En tiempo de los Albigenses...

MAT. Es inútil cuanto digas.

ENR. Pues bien, seré franco: tu acusacion tiene algunos visos de verdad, pero me postro á tus pies, (Lo hace.) confieso devotamente mis culpas, prometo la enmienda, tú te enterneces, yo me enternezco, nos enternecemos, me absuelves, y todo queda terminado.

MAT. Levántese usted.

ENR. (Levantándose.) Ahora la mano. (Va á besar la mano á Matilde, pero esta la retira.)

MAT. Ahora el castigo.

ENR. Eh!

MAT. Usted cree que se puede faltar á sus deberes durante dos años, pasar las noches fuera de su casa, concurrir clandestinamente á las fondas y á los bailes, acompañar viudas por las alamedas del canal y contestar luego, cuando una mujer legítima nos pide cuenta de nuestros actos: «Tenia esplin.»—Cómo quiere usted que se perdone un esplin de esta clase, caballero?—¡Qué seria de la sociedad! qué del hogar doméstico!—No señor, no basta darse golpes de pecho—no basta confesar sus culpas.—Es preciso sufrir, y usted sufrirá; es forzoso arrepentirse, y usted se arrepentirá.

ENR. Qué quieres decir?

MAT. Que cansada de padecer en su casa de usted, me marcho al lado de mi madre.

ENR. Matilde!

MAT. Mi determinacion es irrevocable.

ENR. Pero piensa antes.

MAT. Lo he pensado todo.

ENR. Matilde mia...

MAT. Basta, caballero, basta.—Voy á concluir de arreglar mi equipaje. (Se marcha.)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Pues bien; que se marche... ¡Quién no comete una falta durante su vida!—Pero no; esta separacion seria ridícula.—Yo la amo con todo mi corazon. Hoy mismo estaba decidido á cambiar por completo.—Oh! ese criado estúpido y cerril ha tenido la culpa de todo.—Le voy á cortar las orejas. (En este momento aparece Domingo riendo con estupidez.)

F.º 9.º

ESCENA VIII.

ENRIQUE, DOMINGO.

ENR. Aun te atreves!...

DOM. Déjeme que me sulace.—¡Quién nu se rie de las cosas de lus casadus!

ENR. Pero qué es lo que te hace reir, animal!

DOM. Usté, señor.—Tudu lu oí.—La señurita está al curriente.

ENR. Por desgracia, y como no me haces ya falta, te voy á moler á palos.

DOM. Es que la señora nu sabe tudavia lu más gordu.

ENR. No.

DOM. Inora que el dia de su santu de usté llevé á la doña Rusario una arjolla de oru para que se la pusiera en el brazu. Aun tengo el papeliñu que me dieron en la tienda donde se cumpró... y para la señurita, nada... ni un melon, ni cuatro cuartus de piñunate.

ENR. Pero, señor, esto no es criado, es un verdugo.

DOM. (Con gravedad.) Ah! crea usted que es muy duro para

mí ser criadu de un calavera questá siempre ufendiendu á la mural y á la filusufia.

ENR. Sermones ahora! Voy á abrirte en canal.

DOM. Nu se atreverá, purque chillaré. (Cambiando de sitio.)

ENR. Te arrojaré por el balcon.

DOM. Está prohibidu tirar muebles á la calle.

ENR. Seré capaz de envenenarte.

DOM. Quiá!!—Estuy cumpinche con la cucinera.

ENR. Vete al infierno!

DOM. Tampocu al infierno.—Voy á dar una carta á la señurita.

ENR. Una carta!

DOM. Diéronme dos duros para que la entregara.

ENR. Dos duros porque entregases una carta á mi mujer? ¡Truenos y rayos! Dámela inmediatamente.

DOM. Eh! puquitu á pocu... ú llamu á la señora.—Diéronme dos duros y...

ENR. (Dándole dinero.) Pues toma cuatro y concluyamos.

DOM. Eso es diferente. (Dando la carta. Ap.) Tres... y cuatru siete... ¡y dicen que hay criadus tan brutos que se contentan con tres duros de salario. (Al público.) Yu salgu cumprandu una baquiña, já... já...

ESCENA IX.

ENRIQUE.

(Leyendo.) «Querida Matilde: he recibido tu carta esta »mañana, y puedes contar conmigo.—Te esperaré á »las cuatro y media en la estacion de Atocha.—Tu pri»mo, que te quiere, Luis.» (Arrugándola.) Ya no es primo de nadie, porque esta misma tarde deja de existir. —Oh! mujeres! y yo tan necio que no sospechaba nada.

ESCENA X.

ENRIQUE y MATILDE, en traje de camino.

ENR. Llega usted á tiempo.

MAT. Sea en hora buena.

ENR. (Con énfasis.) Señora...

MAT. Va usted á pronunciar un discurso?

ENR. Un discurso terrible!—Escúcheme usted.—Señora, el que yo haya faltado alguna vez á mis deberes, no le ha dado á usted derecho para faltar á los suyos.—Y usted falta á los suyos.—Yo tambien recojo pruebas.

MAT. Qué estás diciendo?

ENR. Que el que pide ahora la separacion soy yo.—Separacion eterna.—Mire usted esta carta.

MAT. Esta carta me anunciará sin duda que mi primo Luis, á quien considero casi como un hermano, me espera en la estacion del Mediterráneo. La cosa no puede ser más inocente.

ENR. No logrará usted engañarme, porque hay indicios mucho más graves aun.—Indicios de tal naturaleza, que no dejan la menor duda.

MAT. Pues no lo dices con poca seriedad.—¿Qué indicios son esos?

ENR. Su primo de usted ha dado dos duros á la persona que debia entregar esta carta.—Hay soborno.

MAT. Dos duros!

ENR. Y usted comprende que cuando se pagan dos duros por el porte de una carta, es porque quiere evitarse que se pierda; porque se oculta un secreto; porque se proyecta un crímen.

MAT. Jesus, y que bien desempeñas tu papel de promotor fiscal.

ENR. Basta de burlas, señora, á los hechos.

MAT. Pues bien, á los hechos, caballero. Averigüemos lo de los dos duros.

ENR. Domingo te lo explicará al momento. (Llamando.) Domingo!

DOM. (Dentro.) Estoy merendandu, señor.

ENR. (Exasperado.) Ven aquí, animal.

ESCENA XI.

DICHOS y DOMINGO con un panecillo y un tarro de dulce.

DOM. Ya he dicho que me llamu Dumingo.

ENR. Lo mismo da.

DOM. Nu da lu mismo, porque Dumingu animal nu me hace gracia.

MAT. Es cierto que ha dicho usted al amo que el señorito Luis le habia dado á usted dos duros porque me entregase una carta?

DOM. (Comiendo tranquilamente.) Ciertu que lu dije.

ENR. Que tal? (Á Matilde.)

MAT. Pero es verdad que le han dado á usted ese dinero?

DOM. Quiá! Nu señora. Ni dus cuartus cubré por el porte.

ENR. Eh?

MAT. Oye usted.

ENR. Ven acá, bribon.

DOM. Cuidadu con los motes.

ENR. No me dijiste ha poco lo de los dos duros?

DOM. Díjelo.

ENR. Y por qué lo niegas ahora?

DOM Purque nu me lus dió.

ENR. Y por qué me engañaste?

DOM. Para que usté me diera cuatro duros; fué una jugarreta de bulsin.

ENR. Habráse visto desvergüenza igual?

DOM. Nu es desvergüenza, es cumercio. Usté me currumpió.

ENR. Vete, estúpido, vete.

DOM. Gracias, tiene la señora algo más que mandarme!

MAT. No.

DOM. Pues voy á concluir con este dulce de grusella.

ESCENA XII.

ENRIQUE y MATILDE.

MAT. Está usted convencido de que ha empeorado su causa con una sospecha tan infame como ridícula!

ENR. Sí, Matilde mia; te he ofendido, pero mis celos pueden convencerte de la sinceridad de mi amor.

MAT. Mi corazon está lastimado, Enrique.—Te consagraba mi vida y me desdeñabas por otras, sufria resignada y tú corrias en pos de los placeres.—Déjame que me oculte en la aldea en que vive mi madre... y sé feliz.

ENR. Lejos de tí, oh! nunca, nunca.

MAT. Cómo ha de ser! Ya sabes que mi determinacion es irrovocable.—Mi primo y mi madre me aguardan.

ENR. Y no variarán mis súplicas tu determinacion?

VAT. Solo podrás detenerme á la fuerza.

ENR. Está bien, señora. (Los dos se dirigen á la puerta del fondo.)

ESCENA XIII.

DICHOS y DOMINGO.

MAT. Domingo, mi sombrero y mi cabá.

ENR. Domingo, mi sombrero y mi gaban.

DOM. Domingu está merendandu. (Con el tarro de dulce y el panecillo.)

MAT. Qué estúpido! (Entra en su cuarto.)

DOM. Dumingo. (Al volverse pisa á Enrique.)

ENR. Cuerno! (Entra en su cuarto.)

DOM. (Incomodado.) Dumingu Cuernu no, Dumingo Piñeiro. Qué turpes son! (Se marcha.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE y MATILDE.

Enrique sale con el abrigo y el sombrero.—Matilde con el sombrero y el cabá.—Los dos van á salir al mismo tiempo por la puerta del fondo y se detienen.

MAT. Pase usted.

ENR. No, no, usted.

MAT. De ningun modo.

ENR. Las señoras son primero...

MAT. Es que quiero ir sola.

ENR. Y yo que se apoye usted en mi brazo.

MAT. Para qué?

ENR. Para acompañar á usted hasta la estacion del Mediterráneo.

MAT. Tiene usted que despedirse de alguna viuda?

ENR. No me hable usted de las mujeres que permiten que se les mueran sus maridos.—Quiero acompañar á usted, porque si no lo hiciera... pareceria mal.

MAT. Nada más que por eso?—Le doy á usted las gracias.

ENR. (Aquí entra lo patético.) No, Matilde, te acompaño porque te amo con todo mi corazon, porque eres un ángel, porque esta separacion me costaria la vida...

MAT. (Baja la cabeza.) Pest.

ENR. Comprendo.—La sentencia no tiene apelacion.—Partamos, señora.

MAT. Y qué le dirá usted á mi madre. (Saca el libro de memorias y escribe con rapidez.)

ENR. Que vaya comprando la cera para mi entierro, porque no bien llegue á su casa me ahorco.—¿No viene usted?

MAT. No, Enrique.—El tren [illegible]s cuatro y treinta minutos ha partido. (Le entrega el libro de memorias.—Enrique lee lo que Matildo acaba de escribir.)

ENR. Es posible, oh! Matilde mia. (Besándola una mano.)



ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y DOMINGO.

DOM. Llamárunme.

ENR. No, pero voy á ajustarte una cuenta. Lee aquí.—(*Enseñándole el libro.*)

DOM. Nu me gusta enterarme de lu que nu me importa.

ENR. Sí te importa, lee.

DOM. (*Leyendo.*) «Veintiochu de Setiembre.—Confesion general.—Muestras de arrepentimientu. (*Ap.*) (Nu saben luque se pescan. (*Leyendo.*) Absolucion.) (*Hablado.*) Al fin mujer!» (*Tira el libro.*)

ENR. Es decir que mi esposa lo sabe todo, que no te temo y que voy á ponerte de patitas en la calle.

DOM. Me despidu yo de ustedes. (*Con desprecio.*)

ENR. Pero no será sin tener antes el gusto de romperte una costilla. (*Cogiendo el baston.*)

DOM. Es que si me rumpe algu custarále el dineru, que el que rumpe paga.

MAT. Déjale, y que le sirva de castigo salir de la casa:

DOM. Es que tudavia nu sé comu saldremus. Ustiedes ten que darme una denizacion, purque nu se me ha cumplido lu que se me ofreció cuandu entré en la casa.

ENR. Pues qué se te debe, truhan?

DOM. Dumingu, truhan no. Cuandu ustedes tuvierun el hunor de recibirme en casa, se me diju que se me darian sesenta reales al mes de salario, que se me vestiria y que se me daria de cumer. ¿Es estu verdad?

MAT. Es cierto y creo que se ha cumplido.

DOM. Esu pocu á pocu.—El salario dióseme; pero de lu otru nu hubo novedad.

ENR. Pues qué te ha faltado?

DOM. Todu. Dióseme esta ropa; pero yu me estuve en la cama hasta las doce esperandu que me vistieran y nadie pareció; de la comida *idem per idem*; si yo nu comu con mis manus, nadie me da de cumer.

ENR. Ah! querias que te vistiesen y te diesen de comer como á los niños chiquitos? Si lo hubieses dicho hubiese yo ido á servirte.

DOM. Nu tantu, señor, para esu está la cucinera.

ENR. Vete pronto de aquí, ó...

DOM. Vóime; pero antes déjeme que encargue casa.

(Al público.)

Si algunus destus señores
ha menester de criadu,
yu estuy desacumudado
y ya saben mis primores;
Pur lu que toca á suldada
nu habemus de regañar,
que puédenme bien pagar
con una sola palmada.

FIN DEL JUGUETE.

Examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su represeutacion se autorice.

Madrid 4 de Abril de 1868.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

DICCIONARIO
DE
MODISMOS

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 45 — Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 133 á 135)